



"mon amour, mon amour"

NADINE MARQUAND DIRIGE A SU MARIDO JEAN-LOUIS TRINTIGNANT



Valérie Lagrange y Jean-Louis Trintignant son los intérpretes de «Mon amour, mon amour», primer largometraje de Nadine Marquand, la esposa del actor, que, por su parte, acaba de hacer sus primeras armas en la dirección.

DESDE que el cine existe, hace ya más de setenta años, se ha limitado prácticamente a estar hecho por y para los hombres. La mujer ha sido, si no de modo exclusivo, sí de manera general, puro objeto de incitación erótica o, en el terreno puramente laboral, se ha visto limitada a quehaceres subalternos, salvo en alguna rama específica, como la del montaje y la secretaria de rodaje, en la que los nombres femeninos han abundado. No quiere esto decir, naturalmente, que la presencia de una mujer en un estudio sea algo exótico, extemporáneo, pero sí que en los puestos responsables, y especialmente en los de la realización, la presencia femenina ha sido escasa. La progresiva emancipación de la mujer, de la que van siendo escenario los países más desarrollados, no ha hecho cambiar demasiado las cosas. El que en el último Festival de Venecia dos de los catorce films en concurso —«Juegos de noche» y «Las criatu- **SIGUE**



ras»— estuvieran dirigidos por mujeres sigue constituyendo un hecho excepcional, a pesar de que, con todo, la proporción sea de uno a siete.

En el fondo, todo ello no responde sino a unas estructuras más amplias, en virtud de las cuales todavía los puestos importantes de trabajo siguen estando ocupados por hombres, lo mismo que los productos de consumo, incluso los dedicados específicamente a la mujer, se hacen atractivos para el hombre en la suposición de que es éste el que, en último término, ha de pagar... No obstante, hay, y ha habido, excepciones. Una de ellas, la ya citada de Mai Zetterling y Agnès Varda, la primera procedente del campo de la interpretación y la segunda del de la fotografía. No son, sin embargo, las únicas. Ya antes de la segunda guerra mundial habían existido Germaine Dulac, en Francia; Olga Proobrajenskaia y Esther Choub, en la U. R. S. S.; Elisa Ruiz Romero, en España; Wanda Jakubowska, en Polonia; Leni Riefenstahl y Léontine Sagan, en Alemania... Después vinieron Ida Lupino y Shirley Clarke, en Estados Unidos; Muriel Box, en Inglaterra; Julia Solntzeva —viuda de Dovjenko y continuadora de su obra—, en la U. R. S. S.; Jacqueline Audry, Nicole Vedrès, Agnès Varda, en Francia; Ana Mariscal, en España; Mai Zetterling, en Suecia...

En general, la mayoría de estas directoras, si bien conseguían, a distintas escalas, obras aceptables, no realizaban un cine esencialmente femenino. Quizá la excepción más notable —el cine de Varda es femenino en ciertos aspectos, pero no en otros— sea la del primer film de Mai Zetterling, «Los enamorados», en que todo está visto desde una óptica precisamente femenina, lo que no se confirma, o se confirma sólo en parte, en su segunda obra, ya citada. La última llegada a las filas de las mujeres que dirigen, Nadine Marquand, puede dar un nuevo paso en este sentido.

Hermana del actor Christian Marquand, antigua montadora, esposa de Jean-Louis Trintignant, Nadine ha vivido siempre en estrecha relación con el mundo del cine. Ha realizado ya un



Trintignant, cuya celebridad data de «... Et Dieu crea la femmes», ha visto aumentar su cotización a partir del éxito internacional de



cortometraje y ahora ha emprendido la realización de su primer largo. Título: «Mon amour, mon amour». Protagonistas: su marido y Valérie Lagrange, una pareja a la que ya vimos en «Un hombre y una mujer». Quizá sea ésta la primera vez que una mujer dirige a su marido. El caso contrario es frecuente; la historia del cine está llena de films que un hombre ha realizado como homenaje a la mujer que ama, y en los que aquella figura como protagonista, desde Sternberg-Marlene Dietrich a Vadim-Brigitte-Annette-Jane, pasando por Rossellini-Bergman, y sin olvidar Ferrer-Hepburn en el lamentable «Mansiones verdes». En cualquiera de estos casos podía hablarse de verdaderos films-declaraciones de amor. ¿Va a poder decirse lo mismo de «Mon amour, mon amour»?

La experiencia puede ser, en cualquier caso, apasionante. El narrar una

historia de amor, y el que el actor que la interpreta sea el marido de la directora, ha de influir forzosamente en dar una dimensión nueva al film. Será difícil que, aunque se lo proponga, Nadine Marquand pueda evitar el adoptar una óptica femenina, lo que, por otra parte, no es de suponer que intente. Se conoce poco del asunto del film. Sólo se sabe que es una historia centrada casi exclusivamente en dos personajes, un matrimonio concretamente, cuyo amor entra en crisis, crisis que terminará por resolverse felizmente. Trintignant ha declarado que, si bien en los primeros días de rodaje le resultaba un tanto extraño el mirar a su mujer desde un punto de vista puramente profesional, a la segunda semana —y sin que ello repercutiera para nada en sus relaciones personales— le fue muy fácil limitarse a comportarse ante ella como lo pu-

"mon amour, mon amour"

Siempre es interesante un film realizado desde una óptica femenina, con mayor razón si se trata de una historia de amor.



Un hombre y una mujer, de Lelouch.

diera hacer ante cualquiera de los realizadores con los que ha trabajado y a los que le ha unido una relación cordial. La responsabilidad del film corresponde a Nadine y, en consecuencia, él se limita a ser un intérprete fiel de sus deseos. El resultado, lógicamente, está por ver. Pero no cabe duda de que puede tratarse de algo extremadamente interesante, y de que, sin duda, una historia de amor tratada desde una perspectiva inhabitual es algo que, a priori, suscita el interés. ¿Hasta dónde se atreverá a ir Nadine? ¿En qué momento empezará a pesar en ella el prurito de hacer su film «como un hombre»? De esto, tanto como del auténtico talento que posea, dependerá el éxito del film, y el que su interés no sea puramente anecdótico, no se circunscriba al terreno de lo pintoresco.

CESAR SANTOS FONTENLA
(Fotos APIS-RADIAL PRESS)